

## EL CORAZÓN DE JESÚS

### II- LA CONSOLACIÓN ESPIRITUAL

En la primera charla de este día de retiro dedicado al Sagrado Corazón hemos considerado la realidad de la desolación espiritual en relación con el Sagrado Corazón. Es decir, cómo nos ayuda el pensar en el Corazón de Jesús que es la luz y guía en el medio de la desolación.

En esta segunda charla de este retiro quiero referirme a la **consolación espiritual** y el Corazón de Jesús. Voy a seguir una pequeña meditación acerca de una invocación de las letanías al Sagrado Corazón, por el cual lo llamamos Horno Ardiente de Caridad.

Hacemos muy bien en llamar al Corazón de Jesús horno ardiente de Caridad. Y hacemos muy bien en pensar en el Corazón de Jesús como fuente de nuestras consolaciones espirituales. Y justamente este nombre Horno Ardiente de Caridad expresa muy adecuadamente la manera de ser que tiene el Corazón de Jesús cuando nos consuela.

Veamos primero entonces qué quiere decir este nombre Horno Ardiente de Caridad, y, en segundo lugar, la consolación espiritual que el Corazón de Jesús provoca en el alma y su oficio de consolar, y por último cómo debemos actuar nosotros cuando sentimos los consuelos del Corazón de Jesús.

#### 1- Horno Ardiente de caridad

Nos cuenta santa Margarita María de Alacoque, que un día el Señor le pidió su corazón. Una vez ofrecido, lo tomó el Señor y lo puso dentro del suyo, en el que se lo hizo ver como un átomo que se consumía en aquella ardiente hoguera. Lo sacó de allí convertido en una llama abrasadora, y lo volvió a poner en su pecho, diciendo: He aquí una preciosa prenda de mi amor para que te sirva de corazón y te consuma hasta el último momento de tu vida<sup>1</sup>.

El Corazón de Jesús es, entonces, un horno ardiente de caridad. Y esta manera de presentarse el Señor a santa Margarita no es ajena al modo de actuar que tuvo y que tiene Dios a lo largo de la historia de la salvación. Muchas veces Dios se ha manifestado a los hombres bajo el símbolo del fuego.

A Moisés se le presentó como zarza ardiente. Dice Moisés: *Voy a ver qué gran visión es ésta y por qué no se consume la zarza (Ex 3,3)*. Y, así, desde la zarza ardiente Dios hizo tres cosas para con Moisés: Lo **atrajo a sí**, le reveló su **nombre** y le hizo conocer su **voluntad**.

Luego, cuando los israelitas atravesaron el desierto a su salida de Egipto, iba el Señor delante de ellos durante las noches, *como una columna de fuego* para alumbrarlos y que pudiesen marchar sin extraviarse (**Ex 8,21**). Así entonces Dios se mostró como **luz** y **guía**.

---

<sup>1</sup> Cf. RAMON MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, Bilbao, 1952, 117.

Más adelante vemos cómo Moisés recibe los diez mandamientos mientras *todo el Sinaí humeaba, pues había descendido Yabvé en medio del fuego, y subía el humo como el humo de un horno, y toda la montaña retemblaba fuertemente (Ex 24,17)*. De manera que Dios, aquí en el Sinaí, por medio del fuego, nos da su **ley** en tablas de piedra, pero también se nos manifiesta Él mismo como **grande y poderoso**, y nos inspira **un santo temor**. De hecho, le dirá más tarde a Moisés: *Has de saber desde hoy que el Señor tu Dios irá el mismo delante de ti, como fuego devorador, que destruirá a tus enemigos (Dt 9,3)*.

Mencionemos también a los profetas. Daniel tuvo una visión en la que el trono de Dios llameaba como llamas de fuego. Un río de fuego procedía y salía delante de él (**Dan 7,9**). El profeta Isaías, por su parte, describe al Señor Dios como un incendio violento, *cuyos labios respiran furor, y cuya lengua es como fuego devorador (Is 30,27)*, descripción que nos recuerda el mismo san Pablo en la carta a los hebreos (**Heb 17,29**). Es decir, Dios se revela, por medio de los profetas, como quien mueve a **vigilancia y reverencia**.

Pero recordemos, sobre todo, el misterio de Pentecostés. El Espíritu Santo se posó sobre cada uno de los Apóstoles en forma de llamas de fuego (**Hechos 2,3**) ¿Qué sucedió con los Apóstoles en ese momento? Fueron fortalecidos, encendidos de fervor, como bien lo demuestra el Sermón que San Pedro seguidamente pronunció, luego del cual y en ese mismo día, alrededor de tres mil personas se unieron a ellos. Eran éstas las primeras almas encendidas por el fuego del amor de Dios. De manera que aquí el fuego del Espíritu Santo se presenta como **ímpetu, fortaleza, fervor**, y también como **amor**, en cuanto principio unificador ya que tantas almas se unieron en ese momento en una misma comunión de fe. La fe en Jesucristo.

Hasta aquí entonces hemos visto la acción del fuego de Dios según se nos revela en las Escrituras. Resumiendo, podemos decir que Dios, por medio del fuego, nos presenta sus atributos y su modo de actuar: Desde la zarza ardiente nos atrae, nos da su nombre y nos hace conocer su voluntad. En la columna de fuego, es nuestra luz y guía. En el monte nos inspira un santo temor, nos revela su grandeza, su poder y su ley. En las visiones de los profetas, su fuego nos inspira temor y reverencia. Y en Pentecostés, nos llena de ímpetu, fervor y fortaleza. Y nos une en su caridad.

Pues bien, esto que vemos en la historia de la salvación, es una descripción de la consolación espiritual. Veamos de hecho cómo la define san Ignacio: *«llamo consolación cuando en el ánimo se causa alguna moción interior, con la cual viene la ánimo a inflamarse en amor de su Criador y Señor...»* Vemos que esto es lo que hace el fuego, nos inflama, nos envuelve, así pasa cuando Dios nos consuela, nos inflama, nos envuelve.

Pero sigue diciendo San Ignacio, *«Asimismo (es consolación cuando el alma) lanza lágrimas motivas a amor de su Señor, ahora sea por el dolor de sus pecados, o de la pasión de Cristo nuestro Señor, o por otras cosas derechamente ordenadas en su servicio y alabanza»;*

*Y finalmente, dice el santo, «llamo consolación todo aumento de esperanza, fe y caridad y toda alegría interna que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propia salud de su ánimo, quietándola y pacificándola en su Criador y Señor» [316].*

Por eso el fuego es una realidad física que evoca de una manera tan gráfica y verdadera lo que pasa cuando el alma es visitada por las consolaciones de Dios. Así como el fuego abrasa cuanto toca, así también los consuelos de Dios, que nos inspira a practicar las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad, nos encienden, nos enfervorizan para que esas virtudes teologales se vuelvan vida en nosotros, como que nos echa combustible, y leña en las pobres brasas y cenizas de nuestra alma que siempre parecen apagarse o enfriarse.

## 2- El oficio de consolar del Sagrado Corazón

Es que el Corazón de Jesús toma para sí mismo el oficio de consolar, como dice el mismo San Ignacio respecto de Jesucristo Resucitado. Dice que cuando contemplamos a Cristo Resucitado, debemos considerar el oficio que tiene de consolar como un amigo consuela a su amigo.

Desde su Corazón ardiente, Nuestro Señor, también a nosotros, **nos atrae, nos revela su nombre y nos hace conocer su voluntad.** *¡Venid a mí! (Mt 11,28)*, nos dice, y esa es su voluntad. Así como el fuego tiene sed de un leño para encenderlo y consumirlo en su calor, así Jesús tiene sed de nuestros corazones y nos llama, desde sus llamas de amor. Desde el consuelo que ejercita en su oficio.

Y así como desde la zarza ardiente Dios envió a Moisés en una misión de grandes pruebas y dificultades, pero al mismo, una misión de honor y bienaventuranza y de consolación, así también a nosotros, el Corazón de Jesús, nos atrae<sup>2</sup>, nos muestra quién es y nos envía para ser nosotros también propagadores de su amor y de su libertad, porque, es bien sabido que la misión encomendada por medio de la zarza ardiente a Moisés era una misión de amor y de liberación del pueblo elegido. Esa es la misión que el ardiente Corazón de Jesús nos encomienda a nosotros, trabajar para que nuestro prójimo experimente el amor de Dios y rompa para siempre las cadenas de la esclavitud del pecado.

El oficio del consolar que tiene el Sagrado Corazón tiene un fin claro que es la purificación del alma para que se llene de Dios y no de las creaturas. Es la Santificación, no es tanto el sentir alegría, sino sentir la Unión con Dios, que por supuesto, necesariamente va a producir alegría.

Desde su Corazón ardiente, Nuestro Señor, también a nosotros, nos da su **luz** y es **la guía** de nuestro caminar. Como una columna de fuego, su Corazón nos dice: *Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (Juan 8,19)*. De modo tal que el Corazón de Jesús no solamente nos consume con su ardor, sino también que nos ilumina. Desdichados seríamos nosotros si prefiriéramos alejarnos de esta fuente de calor y de luz, mientras caminamos en este mundo oscuro y frío.

Desde su Corazón ardiente, Nuestro Señor, también a nosotros, nos inspira **un santo temor** y nos revela su **poder**, y ya no pone su **ley** sobre la piedra fría del Sinaí, sino sobre

---

<sup>2</sup> «El Corazón de Jesús, el Corazón humano de Jesús, quema con el amor que lo colma. Y este es el amor al Eterno Padre y el amor a los hombres; a las hijas y los hijos adoptivos. El horno, quemando, poco a poco se apaga. El Corazón de Jesús, en cambio, es horno inextinguible. En esto se parece a la "zarza ardiente" del libro del Éxodo, en la que Dios se reveló a Moisés. Era una zarza que ardía con el fuego, pero... "no se consumía" (Ex 3,2)» SAN JUAN PABLO II, Ángelus, 23 de junio de 1985.

nuestros corazones encendidos, como ya lo había anunciado **Ezequiel (11,9)**: *Y quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne*. No podemos ignorar los prodigios que su Corazón ha realizado en la historia. Ha hecho temblar a las naciones y no solamente al Monte Sinaí. ¡cuántas conversiones, y a cuántos pueblos ha transformado su nombre y su amor inconmensurable!

Desde su Corazón ardiente, Nuestro Señor, también a nosotros, nos habla, como al pueblo de Israel hablaban los profetas de parte de Dios. Este horno de amor nos invita a **la conversión, a la vigilancia y a la reverencia**. Con las mismas palabras de los profetas, es un Corazón que *respira furor, y cuya lengua es como fuego devorador*.

No podemos entonces andar, a sabiendas, negociando con el desorden del mundo y del pecado, mientras el Corazón de Jesús nos muestra el poder de su autoridad arrolladora.

Desde ese horno ardiente, Nuestro Señor, también sobre nosotros, hace descender su Espíritu en llamaradas, como en Pentecostés<sup>3</sup>. Nos da su **valentía**, nos llena de **ímpeto misionero, de fortaleza, de fervor** y de todos sus dones celestiales. Por eso invocamos al Espíritu Santo, tan a menudo y con toda la Iglesia, para que encienda en nosotros el fuego del amor de Dios. Se trata del mismo fuego que Nuestro Señor quiere hacer arder con ansiedad sobre la tierra (**Lc 12,49**), y lo enciende en nosotros, para que nuestro fuego, a su vez, encienda otros fuegos, y todo sea consumido en aquel amor infinito en el cual debemos depositar todas nuestras peticiones, anhelos y esperanzas. Es el fuego de la caridad. Y como la caridad, por naturaleza, es un principio unificador, así entonces, el Corazón de Jesús tiene el ardiente deseo que todos seamos uno con él (**Jn 17,21**), pues, así como el fuego une y junta en su calor y en su luz a todo cuanto consume, así también, el horno de su caridad une y junta nuestros corazones para hacerlos experimentar y vivir en el amor divino.

### 3- Cómo actuar cuando el Corazón de Jesús nos consuela.

Dice San Ignacio que cuando estamos en estado de consolación. Es decir, cuando Dios nos consuela, debemos pensar *cómo estaremos en la desolación que después vendrá, tomando nuevas fuerzas para entonces* [323]. Es decir, tomar fuerzas.

Cuando el corazón de Jesús nos consuela, hay que aprovechar ese momento como un momento de luz, un momento para cargar el alma de principios, de normas convincentes, de hábitos que no se vayan a extinguir cuando venga la prueba, como el aceite de las lámparas de la parábola de las vírgenes prudentes y de las necias. Las prudentes actuaron

---

<sup>3</sup> La Iglesia nos enseña: el fuego simboliza la energía transformadora de los actos del Espíritu Santo. El profeta Elías que "surgió [...] como el fuego y cuya palabra abrasaba como antorcha" (Si 48, 1), con su oración, atrajo el fuego del cielo sobre el sacrificio del monte Carmelo (cf. 1 R 18, 38-39), figura del fuego del Espíritu Santo que transforma lo que toca. Juan Bautista, "que precede al Señor con el espíritu y el poder de Elías" (Lc 1, 17), anuncia a Cristo como el que "bautizará en el Espíritu Santo y el fuego" (Lc 3, 16), Espíritu del cual Jesús dirá: "He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviese encendido!" (Lc 12, 49). En forma de lenguas "como de fuego" se posó el Espíritu Santo sobre los discípulos la mañana de Pentecostés y los llenó de él (Hch 2, 3-4). La tradición espiritual conservará este simbolismo del fuego como uno de los más expresivos de la acción del Espíritu Santo (cf. San Juan de la Cruz, Llama de amor viva). "No extingáis el Espíritu"(1 Ts 5, 19). Cfr. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n.696.

bien en el tiempo de consolación porque sabían que la prueba, la oscuridad iba a venir, entonces cargaron bien sus lámparas y se proveyeron de más aceite aún.

Por eso, no hay que imaginar que la consolación ha de ser permanente, ni debemos detenernos en ella como en reposo definitivo, sino que debemos prepararnos pues al día sigue la noche y a la noche el día. Debemos robustecernos y estudiar la táctica de combate para emplear en la lucha que se avecina. Debemos cargar los graneros, como hizo el Faraón por consejo del justo José, sabiendo que se aproximaban tiempos de carestía. De manera que Egipto pudo ser fuente de alimento para las naciones porque en tiempos de buena cosecha, usó la prudencia y la estrategia, sabiendo que la carestía iba a llegar.

Por eso dice la Imitación de Cristo: «Se nos da la consolación divina para que nos fortifiquemos para resistir las adversidades. Se sigue la tentación para que no envanezca del bien»<sup>4</sup>.

Y por eso dice san Pablo a los Corintios: «*¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en toda tribulación nuestra para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios!*». (2Cor 1, 3-4)

Esos que “están en toda tribulación” podemos ser nosotros mismos en el momento de la prueba. Así Nuestro Señor a los mismos tres apóstoles –Pedro, Santiago y Juan– que consoló en el Monte Tabor, luego los probó en Getsemaní, donde lamentablemente no resistieron y se durmieron.

Cargar fuerzas entonces, es clave, mientras somos visitados por los consuelos del Corazón de Cristo. Ser prudentes. Precavidos.

Y, por último, debemos ser humildes. Dice san Ignacio: *el que está consolado procure humillarse y abajarse cuanto puede, pensando cuán para poco es en el tiempo de la desolación sin la tal gracia o consolación. Por el contrario, piense el que está en desolación, que puede mucho con la gracia suficiente para resistir a todos sus enemigos, tomando fuerzas en su Criador y Señor.* [324]

Toda la instrucción del Santo en esta regla se compendia en solas dos palabras: **humildad mirando a nuestra miseria y valor apoyándonos en la gracia de Dios.**

Humildad por tan gran miseria como la nuestra, que nos es tan bien conocida y que acabamos de experimentar en la pasada desolación al vernos a oscuras, turbados, inclinados a las cosas bajas, sin esperanza y sin amor, tibios y perezosos, tristes y apartados de Dios.

Dice la Imitación de Cristo: «Cuando Dios te diere la consolación espiritual, recíbela con acción de gracias; mas entiende que es don de Dios y no merecimiento tuyo. No te ensalces, no te alegres demasiado, ni te estimes vanamente, sino humíllate más por el don recibido, y sé más avisado y temeroso en todas tus obras; porque se pasará aquella hora, y vendrá la tentación»<sup>5</sup>. No debemos entonces robarle a Dios lo que es suyo, apropiarnos de lo que es de Él. A veces sucede que alguna persona muy devota se acerca y dice: “He tenido una

---

<sup>4</sup> TOMÁS DE KEMPIS, *Imitación de Cristo*, II, 9.

<sup>5</sup> *Idem*.

revelación del corazón de Jesús”, así, sin mucha modestia espiritual. Y seguidamente describe las causas, apropiándose de la consolación como cosa merecida. Hay que tener cuidado porque allí uno puede faltar a la humildad y, ante cualquier desolación que se aproxime, el alma va a estar más concentrada en sus propias glorias que en la batalla verdadera que va a tener que librar.

Humildad entonces y valor. Valor sacado de la gracia de Dios, pues aunque este amor encendido que ahora siento, y estas lágrimas y alegría interna desaparezcan cuando la desolación se presente, cierto estoy de que contaré siempre con la gracia suficiente que me dará el Señor, la cual me proporcionará fuerzas para resistir a todos mis enemigos, si yo quiero valerme de ella.

Alguien decía por ahí que cuando todo le salía bien se acordaba de las veces en que se había equivocado, y que cuando todo le salía mal, se acordaba de todos los aciertos que había hecho en su vida. Es una forma más simple y menos teologal de explicar lo mismo que venimos diciendo.

Terminemos con esta parte citando al Espíritu Santo; veremos en estos textos de la Sagrada Escritura como resumida la doctrina ignaciana de la desolación y la consolación: [Habla Moisés al pueblo] *«Acuérdate de todo el camino que Yahveh tu Dios te ha hecho andar durante estos cuarenta años en el desierto para humillarte, probarte y conocer lo que había en tu corazón: si ibas o no a guardar sus mandamientos. Te humilló, te hizo pasar hambre, te dio a comer el maná que ni tú ni tus padres habíais conocido, para mostrarte que no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca de Yahveh. [Pero como en la desolación la gracia de Dios sigue estando] No se gastó el vestido que llevabas ni se hincharon tus pies a lo largo de esos cuarenta años»* (Dt 8, 2-4).

Que nuestros corazones, entonces, entren enteramente en el horno ardiente del Corazón de Jesús y María, para consumirse allí, en ese fuego de amor inextinguible, y que alcancemos así, el fin para el cual hemos sido creados, la unión eterna con nuestro Dios y Señor.